

## DAMCYAN - RELIGIÓN

En los principios de Archa-on, cuando el planeta era poco más que una superficie rocosa, llegó la gran Luna de los cielos. Con su gran magnificencia y sabiduría, convirtió ese terreno inhabitable en un lugar maravilloso. Luna llevaba mucho tiempo aprendiendo en diferentes mundos, pero escogió el nuestro entre todos ellos. Primero cogió el agua y le dio forma de ríos y mares. Con la tierra formó las montañas y los valles. Luego creó las plantas, para conseguir un aire puro y llenar de belleza el mundo. Primero creó las plantas pequeñas que cubrían la tierra, luego puso colores a las flores y por último creó los árboles. Así es como empezó la vida en Archa-on, pero Luna no se detuvo. Pronto creó los animales marinos, y viendo la riqueza que le daba al mundo y como se adaptaban para utilizar los recursos que había creado, decidió continuar. Así es como aparecieron los primeros animales terrestres. Primero pequeños reptiles, poco a poco mamíferos de todas clases.

Luna, dejaba sus creaciones libres, para que evolucionaran y se adaptaran. Se dedicaba a observar desde el cielo como la vida fluía, y era feliz admirando su obra. Las aves surgieron y poblaron los cielos, las especies se mezclaron, creando nuevos seres, los ríos se volvieron subterráneos y el viento dio forma a las montañas. Todo seguía su curso, mientras Luna veía crecer los frutos de su sabiduría.

Pero con el paso del tiempo, Luna empezó a sentirse sola. No tenía nadie a quien legar su sabiduría y conocimientos. Quería volver a explorar mundos, a aprender más, a encontrar a sus semejantes. Pero en el fondo de su ser, sabía que no iba a encontrar nadie similar. Pues Luna era única. Además no podía abandonar su obra, la amaba demasiado para dejarla sola. Así fue, como después de deliberar mucho, decidió crear a los primeros humanos.

Le llevó mucho tiempo, y mucho trabajo, crear un ser tan complicado. Le dotó de inteligencia, para que pudiera aprender. Así es, como al fin, los humanos poblaron Archa-on. Los creó sólo en un lugar de Archa-on, en las tierras de Damcyan, y en un número reducido. Luna, de nuevo ilusionada, nombro a un profeta entre los nuevos creados. A través de su elegido, Luna les enseñó a hablar, a comunicarse entre ellos de forma compleja. Les enseñó a pensar, a cuestionarse las cosas. Les enseñó a construir las casas, a trabajar la tierra y a aprovechar los recursos que Luna había puesto a su disposición. Con el tiempo también les enseñó la escritura. Para la satisfacción de Luna, los humanos aprendían muy rápido y sin sus enseñanzas. Estos empezaron a crecer en número de manera que acabaron poblando todo Archa-on. Luna seguía comunicándose con ellos a través de sus elegidos, estos eran los únicos con los conocimientos para llamar a Luna. Con el tiempo, sus visitas cada vez eran menos frecuentes. Luna parecía turbada por algo, pero los humanos, sus más fieles aliados, no consiguieron saberlo hasta el gran día.

En esa noche, el gran mal apareció. No puede haber un poder tan grande como el de Luna sin un antónimo que lo contrarreste. La mayor lección que Luna enseñó a los humanos es que todo tiene su contrario para mantener equilibrado el mundo, todo tiene un precio. Viendo a Luna tan afectada, los humanos se reunieron entre si y decidieron ayudarla. Los humanos de todas las regiones de Archa-on se unieron para derrotar el gran mal, armándose con sus mejores armas, la fe. Un gigante poder movido por la voluntad de las personas capaz de acabar con todo mal. La gran batalla se libró, muchos humanos murieron, pero el mal fue vencido.

Luna dejó en sus enseñanzas que debían combatir al enemigo, pero no excederse o provocar, pues Luna no ama a los agresores. Así, que volvieron a vivir en paz, siguiendo las enseñanzas

de Luna y adorando tan sólo su grandeza. No hay nadie digno de adoración y alabanza, excepto Luna, así que todas sus creaciones vivían en armonía sin ninguna distinción de clases ni sexos. Día tras día, Luna ponía a sus hijos a prueba, para ayudarlos a convertirse en un individuo con el mayor carácter moral y ético. Así, el pueblo Damcyanés crecía fuerte, digno de su creador y con gran respeto para sus iguales.

Mucho tiempo después nuevas creaciones llegaron, y en consecuencia volvió también el gran mal. La balanza debía estar equilibrada. Luna, que no deseaba nada más que lo mejor para sus hijos, había atraído con sus buenas intenciones de nuevo al enemigo que los podía destruir a todos. Reunió a sus elegidos de todo Arcaron, hombres y mujeres dignos de su confianza, para emprender el último gran ataque. Luna no quería involucrar a sus hijos, pero su enemigo superaba a Luna en poder y fuerza. Los humanos respondieron, y más fuerte que nunca gritaron por su amada Luna. Su fe, inquebrantable, cruzo los cielos para derrotar el gran mal y su séquito. El gran mal, orgulloso y vanidoso, subestimó el poder de las creaciones de Luna, pues eran consideradas ínfimas e inofensivas. La fe volvió a vencer. Y con esta última victoria, Luna decidió no volver jamás. Para proteger a sus creaciones, no quiso volver a desequilibrar la balanza. Así que se retiró a los cielos, dónde podía observar a sus hijos sin ponerlos en peligro. Durante mucho tiempo, lloramos su pérdida hasta que comprendimos que siempre estaría allí, observando orgullosa el avance de sus hijos. Pero no se fue sin dejar el mayor regalo posible. El poder para controlar la tierra, el aire, el viento y el agua... la fe de los hombres rectos, aquellos que anhelan para ellos lo que anhelan para sus hermanos, aquellos que sólo combatan para defenderse ante la agresión, aquellos que recuerden a la gran Luna como ser digno de alabanza y admiración.

Muchos años han pasado ya, y otros dioses a lo largo de Arcaron han intentado usurpar los actos de Luna, modificando los recuerdos, creando nuevas historias y cambiando los nombres. Pero los Damcyaneses, cada noche siguen mirando al cielo y rezando, como siempre ha sido, por el bien de Luna, su eterna protectora.